

NOSTALGIA EN MI TERTULIA

por MIGUEL GIL BONANCIA

Como todos los días, nos hallábamos reunidos y bromeando en el Saloncito de Rafael, donde aparte el sofá, dos sillones y una mesita con revistas y donde podíamos jugar al ajedrez, había en un rincón un fumador con su correspondiente butaca, que estaba aún vacía, ya que su ocupante habitual, Gonzalo, no había llegado.

Era sobre él precisamente en quién recaía nuestra conversación, que en aquellos momentos sosteníamos los cuatro restantes amigos. No extrañábamos su retraso, por cuanto nunca llegó a la misma hora, no teniendo tampoco control en ninguno de sus restantes actos. Y, a pesar de su carácter inquieto, era parco en palabras, sobretudo cuando la conversación recaía sobre las mujeres, a las que si bien es verdad nunca había ofendido, también lo es que nunca las había ensalzado.

Acostumbraba a ponerse en aquel rincón y entretenerse mirando las espirales que el humo de su propio cigarrillo producían al dispersarse por el espacio. Evadía ciertos temas de conversación, alegando, y esto era cierto, que los momentos pasados entre nosotros eran los únicos que tenía de descanso en su agitada vida, y quería aprovecharlos para tal fin. Nunca le pudimos convencer para que nos acompañara en pasatiempos o fiestas mundanas, y si para rehuirlos se agitaba un poco su habitual tranquilidad, todo pasaba, una vez fumado en contemplación de sus efectos, el correspondiente cigarrillo.

No era propicio a la carcajada o risa abierta, pero tampoco podía vérselo triste. Fué suya la idea de reunirnos en casa de Rafael, donde según él, podríamos estar con más intimidad y más tranquilos que en cualquier otro sitio. En estos comentarios estábamos, cuando apareció la figura de quien los produjera. Su rostro, en el que nada podía leerse, parecía si cabe, más nostálgico que de costumbre. Tras saludarnos, pasó a ocupar su plaza, mientras, en tono de chanza, Juan, a quien gustaba bromear, le preguntaba a él, que nunca nos había hablado de mujer alguna, si aquel día había conquistado o hablado con muchas.

Contestó afirmativamente con la cabeza, lo que sorprendió nuestra atención, y luego de liar el cigarrillo y prenderle fuego, dirigiendo una furtiva mirada a Juan, dijo:

«Sí, hoy he hablado con una mujer, pero con mi lenguaje de los 18 años. La he hablado con una mirada, y del mismo modo me ha respondido. Sé cuanto quise decirle, y sé también me ha comprendido. Sí, he leído en unos ojos de mujer, como años atrás. Por unos momentos me he olvidado del mundo, o mejor dicho, del mundo actual. He visto a ella, salir de un hotel del brazo de un hombre, debía ser su marido, y quedarse como yo mismo, unos instantes parada y mirando, hasta que desde el coche al cual había subido el hombre, la cogía suavemente por el brazo, ayudándola a entrar en él. Se han cruzado solo unos instantes, nuestras miradas, y a los recuerdos de antes, le he dicho, a mi manera, la felicidad que sentía al verla, aunque fuera del brazo de otro hombre.

Es la verdad. Pensándolo bien, no se si hubiera podido llegar a hacerla feliz, dado mi carácter inquieto. Y ella, como premio, me concede una felicidad espiritual, que no sabría expresar en forma alguna. Dos seres que habíamos creído nacer el uno para otro, y que ahora, al estar separados, nos hemos sentido felices al cruzarnos unos instantes, con la casi seguridad de que no nos veremos ya más. Pero no importa. Ahora ya sabemos cuanto nos interesaba. Hemos sabido leer el enigma de nuestras almas, ella como mujer y yo como hombre.

Yo como tal, creo, estoy convencido mejor dicho, de que todas las mujeres, todas, tienen alguna virtud o cualidad digna de ser respetada y admirada. O sea que cada una, aunque de un modo diferente, es digna de nuestra atención. No creo en fin, en la mujer vulgar en todos sus aspectos, y cuando oigo eso de boca de un hombre, pienso es este quien fué incapaz de percibir ese algo que en toda mujer existe. Claro pero, que cada una es en aspecto distinto. Esta, será por su figura gracil, aquella por su simpatía, por su rostro o por alguna parte integrante del mismo, sean ojos, boca, cutis, etc. También las hay dignas de admirar por su magestuosa feminidad al andar, que lo mismo puede recordarnos la delicadeza de la gacela que la seguridad de la pantera.

En fin, trataba de demostrar que en su personalidad o en su exterior, en su espíritu o en su físico, en las múltiples maneras que tienen para darlo a entender, siempre he visto en las mujeres y en cada una de ellas, ese algo, esta hermosa y nunca suficientemente ponderada feminidad.

Y acostumbrado como estaba a ver en cada una de ellas, algo que no podía haber admirado en otras, comprendereis como quedé yo, que por una sola cualidad había perdonado a las mujeres todos sus defectos, el día que me encontré frente a una que reunía en sí, los ojos dulces que admiré en una,

Productos SALL. Lo mejor para lavar la ropa 